



En primer término, Ricardo Gómez como Orestes; detrás Amaia Salamanca en el papel de Electra, en el teatro romano de Mérida. / JERO MORALES

## La delgada línea que separa venganza y justicia

‘La Orestíada’ abre el Festival de Teatro Clásico de Mérida

RUT DE LAS HERAS BRETÍN, Mérida  
“La palabra es lo único que tenemos: el cuerpo y la palabra”, sentencia Clitemnestra en uno de los momentos finales de *La Orestíada*, la tragedia de Esquilo que abrió ayer el Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida. Son palabras de la reina griega, pero podrían ser de cualquiera de los actores que se suben a esta escena histórica. De hecho, son las que usa José Carlos Plaza, director de la obra, al elegir con qué quedarse: “Hay que escuchar el texto, habla de la vida, del alma que hemos hecho carne”.

El que ha acercado las palabras de Esquilo al verano emeritense es el poeta Luis García Montero, cuya adaptación ha reducido el original a poco más de dos horas. Ha buscado los puntos clave de la reflexión que el dramaturgo griego hizo sobre la condición hu-

mana en el siglo V antes de Cristo: rencor, pasión, celos, vanidad, democracia adulterada, venganza que engendra venganza, abuso de poder, dioses, manipulación, mentiras públicas... ¿Algún parecido con la actualidad?

García Montero ha tenido en cuenta que cada época tiene su manera de evocar estos sentimientos y ha creado un texto que los espectadores entienden desde el primer momento, a pesar de la complejidad del argumento: un padre mata a su hija, la madre de esta la vengó y acaba con la vida de ese padre, que es su marido. El hijo de ambos asesina a su madre como manera de honrar y hacer justicia por la figura paterna. Todo entre dioses, guerras, golpes de Estado ocultos... Los distintos fillos de la justicia y la venganza y la delgada frontera entre ambas van a sobrevolar, como sobrevue-

### Veteranos y novatos

José Carlos Plaza ya abordó *La Orestíada* hace 27 años. “De aquella queda la base”, dice. Él ha cambiado: “Entonces creía en la justicia y en la democracia. Ahora, no”. Plaza es uno de los puntales en los que se han apoyado las debutantes en Mérida: la veterana Ana Wagener y la joven Amaia Salamanca, que confesó no haber estado más nerviosa en su vida, “con un puñal en el estómago”. Otro nuevo en estos lares es Ricardo Gómez, que deja a su televisivo Carlitos y parece que nunca fue hijo de los Alcántara y siempre lo fue de Clitemnestra y Agamenón.

lan las palomas y los murciélagos —ambos literalmente—, hasta el 9 de julio, las noches de este teatro construido entre los siglos I y II.

La carne, los cuerpos, los pone un elenco de 31 actores. El coro es, en palabras del siglo XXI, ese Pepito Grillo al que algunas artimañas consiguen vencer. Y que los protagonistas se dejan la piel en la arena se demuestra cuando Electra, interpretada por Amaia Salamanca, u Orestes, al que da voz Ricardo Gómez, se quedan con tierra pegada en la cara tras retorcerse en el suelo de ira y dolor. O cuando la actriz Ana Wagener (Clitemnestra) no era capaz de terminar la escena final en los ensayos porque se le saltaban las lágrimas, según contó a EL PAÍS García Montero, y ella confirmó. Sobre el escenario, Clitemnestra, la madre en “la madre de todas las tragedias”, en palabras del director, no llega a quebrarse en la catarsis final, pero no deja impasible ni a la estatua de Ceres que preside el escenario.

Entre el equipo hay una broma que dice que si a Shakespeare le hubieran dado un Oscar, hubiera sido a guion adaptado y no original, porque tanto el Bardo, como Calderón u otros beben de tragedias griegas como esta.

### Fascinante Papaioannou

#### THE GREAT TAMER

Dirección: Dimitris Papaioannou. Mercat de les Flors, 2 de julio, Grec'17.

JUAN CARLOS OLIVARES  
El espectacular *tablau vivant* de Dimitris Papaioannou es exquisito alimento para los sentidos. *The Great Tamer* (*El gran domador*) es una ingesta muy gratificante; adictiva para los ojos hasta alcanzar el umbral de la saturación. Sí, también perturba, pero erradicando toda acepción negativa del despertar de la inquietud. Como ante los cuadros vivientes que servían de plácido entretenimiento al público del siglo XIX, sólo hay que sentarse y esperar a que la corriente onírica —como una Ofelia prerrafaelita— te arrastre sumergido en un desfile de imágenes surrealistas. La ausencia de narrativa y trascendencia dramática en la refinada estética empleada podría ser incluso un valor positivo, si la propuesta tuviera una cierta personalidad disruptiva o iconoclasta. No parecen ser éstas las aspiraciones de Papaioannou, de alguna manera convencido que el espectador ha asimilado el concepto kantiano de la estética igual que un bote de sopa serigrafado. Al menos, él parece rehuir el plausible conflicto. Prefiere la catarsis controlada.

El creador griego —de una teatralidad dominada por su formación plástica— es un maestro en vender la estética como un todo absoluto. ¿Pero es de verdad suficiente? ¿Qué ocurre cuando la belleza muestra sus límites, entrando en un bucle infinito? ¿Qué pasa cuando se agota el juego de identificar cuadros de la Historia del Arte o personajes de la mitología greco-romana?

El objetivo último es generar fascinación y rendición del espíritu crítico. Eclosión de los iconos. A veces previsibles, y otras de una genial reinterpretación.

#### EL HOMBRE QUE FUE JUEVES

Marcos Ordóñez

### Embajadora María

Iberoamericana Vervuet acaba de publicar un ensayo sobre el teatro de los siglos XX y XXI

A María Delgado, londinense, hija de exiliados, catedrática y crítica, se la conoce entre nosotros como “la embajadora María”. José María Pou ha dicho de ella: “Es difícil, por no decir imposible, encontrar a alguien de fuera de España con mayor conocimiento de lo que son y por dónde transcurren el teatro y el cine español de este tiempo”. María Delgado está siempre moviéndose, entre Nueva York y Londres, Barcelona y Madrid, Buenos Aires y Santiago de Chile, y muchos otros lugares, para detectar y difundir la excelencia de sus respectivas escenas. Su historial desbordaría esta columna. Ha enseñado en diversas universidades británicas, ha traducido al inglés a Valle-Inclán y Koltès, ha escrito sobre Lorca, y ha entrevistado a incontables autores y directores. Comenta obras, libros y películas en la BBC (radio y televisión), escribe en *Plays International*, *European Stages* y *TheatreForum*, y, entre muchos otros quehaceres, selecciona películas españolas y latinoamericanas para el London Film Festival.

Iberoamericana Vervuet acaba de publicar en castellano su pieza más singular, *Otro teatro español: supresión e inscripción en la escena española de los siglos XX y XXI*, nueva versión, notablemente ampliada (700 páginas) y actualizada, con abundantes notas y fotografías, del texto editado en 2003 por Manchester University Press. La singularidad radica en la selección de personajes, a caballo entre el perfil y el ensayo. María Delgado rompe con la tendencia dominante en los hispanistas anglosajones de centrarse en los dramaturgos, para reivindicar el “teatro de cada día”, defendido por José Luis Alonso, y hablar de actores y directores (a eso se refiere el “otro” del título), desde figuras fundamentales como Margarita Xirgu, Nuria Espert o Lluís Pasqual, pero analizando con idéntico fervor las trayectorias de creadores como Enrique Rambal, admirado por Welles, Saura y Fernán-Gómez, y hoy casi olvidado, o compañías que no parecen haber entrado en el panteón de la modernidad (quizás por su

condición de “artistas de comedia” y su éxito popular) como La Cubana, que en ciertos aspectos podría ser heredera de Rambal.

María Delgado dibuja la biografía de todos ellos, sus vidas y obras, y con gran olfato de reportera y ensayista, traza vínculos culturales y políticos, y retrata la época en que emergieron. Siguiendo a Margarita Xirgu recorreremos, claro está, el mundo teatral de la España de la República y del exilio en Sudamérica. De María Casares, otra hija del exilio, con España en el corazón, revisa su relación con el teatro en español y sus trabajos con Jorge Lavelli. De Rambal valora su insólita condición de “auténtico polímata: actor, director, adaptador, traductor y empresario”. Es completísimo el perfil de Nuria Espert, que llega hasta las puestas de *La violación de Lucrecia* (Del Arco) y *El rei Lear* (Pasqual). Y lo mismo cabe decir de los minuciosos retratos de Lluís Pasqual y de La Cubana. Un libro rebosante de datos y vínculos, pero sobre todo apasionado: de los que no abundan.